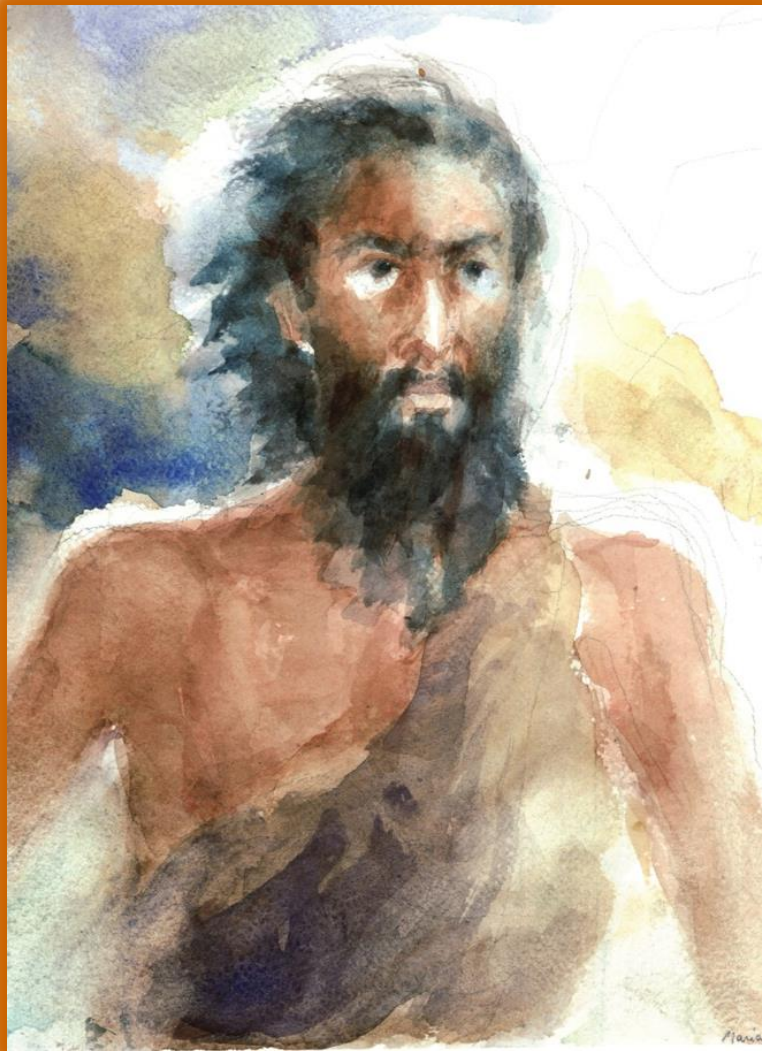


Sal y Luz

Domingo II de Adviento (C)-5.12.2021
Nº 107 Parroquia San Carlos Borromeo

S. Lucas comienza de la manera habitual, haciendo referencia a todos los actores principales de ese tiempo y lugar: Tiberio, Poncio Pilato, Herodes... Pero luego, da la vuelta a las expectativas, porque nos dice que «vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto». Dios no habló a los reyes y gobernadores, sino a un hombre extraño y sorprendente, sin posición, ni título, ni apoyo institucional, que trabajaba en la aridez del desierto. Una vez más, la lección es clara: Dios habla de forma inesperada y se encuentra en lugares inesperados. (Mons. Robert Barron).



Voce che grida nel deserto, Maria Cavazzini.

Toda carne verá la salvación de Dios (Lc 3,1-6)

COMENTARIO

Primera lectura: Ba 5,1-9: *Dios mostrará tu esplendor.*

Salmo resp. Sal 125: *El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres.*

Segunda lectura: Flp 1,4-6.8-11: *Que lleguéis al día de Cristo limpios e irreprochables.*

Evangelio: Lc 3,1-6: *Toda carne verá la Salvación de Dios.*

Adviento:

La palabra vino sobre Juan en el desierto

1.- Introducción

En un marco lleno de referencias históricas, se sitúa la bajada de la Palabra sobre el más grande de los profetas, Juan el Bautista. Este hombre, enjuto y asceta, hombre del desierto, predica un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. Juan trata de sacudir a los hombres para que cada uno se implique en la obtención del perdón de sus pecados. La conversión tiene una meta precisa: no se trata simplemente de ajustar y corregir algo de nuestra propia vida; tampoco se trata de un concienzudo y esforzado trabajo sobre uno mismo. La conversión es un movimiento que va de la soledad y del aislamiento al encuentro y la entrega. El signo que distingue una conversión espiritual es la última palabra del Evangelio de hoy: Todo hombre verá la salvación de Dios. La conversión es una experiencia de redención. La redención es la salvación del hombre en su totalidad y no sólo de una parte.

2.- Contexto Litúrgico

Preparad el camino del Señor. El Evangelio de hoy, con sus detallados datos históricos y cronológicos sobre el momento en que, con la aparición del Bautista, ha comenzado el acontecimiento decisivo de la salvación, se muestra seriamente decidido a situar este acontecimiento **en el marco de la historia del mundo**. No se trata de imágenes, de símbolos, de arquetipos, sino de **hechos** que se pueden datar con exactitud.

El primero es que la palabra de Dios vino sobre Juan, que es llamado y enviado como el último de los profetas, cerrando con ello la serie de las misiones proféticas tanto mediante su existencia como mediante su tarea, que corresponde

a la **gran promesa de Isaías** y, según se nos dice, la *cumple*. Su misión, que no es mera repetición de palabras antiguas, se distingue por su **bautismo**. Los simples llamamientos de los profetas anteriores, al final del tiempo de la promesa, quedan superados mediante una acción que afecta a todo el pueblo. Cuando se sumerge en el agua del bautismo, *el que se convierte* testimonia, con su inmersión-emersión, que quiere **ser otro, convertir su camino** torcido en un camino recto. En Juan Bautista toda la **Antigua Alianza** reconoce que ella no es más que un preludio de lo decisivo, que viene ahora.

Ponte en pie, Jerusalén. La primera lectura muestra que las antiguas promesas de un **nuevo tiempo de salvación** (a la vuelta del exilio) anuncian ciertamente algo glorioso, pero que esto no se realiza inmediatamente. La verdadera gloria que aquí se anuncia a Jerusalén es la venida de Cristo proclamada por el Bautista; pero esta gloria tampoco será un esplendor terreno, sino exactamente lo que Juan designará como la **gloria visible para el que cree**: la vida, la muerte y la resurrección de Cristo. Este es en el fondo el camino recto –*yo soy el camino*– por el que Dios viene a nosotros, el Dios que ciertamente, como se dice al final de la lectura, en su *misericordia* (que se consumará en la cruz) trae consigo su *justicia* de la alianza.

Que el que ha inaugurado entre vosotros una empresa buena, la llevará adelante. La segunda lectura nos traslada a la **Nueva Alianza**. No se puede decir sin más que con la venida de Jesús hayamos llegado a la meta, pues él es *el camino nuevo y vivo* (Hb 10,20). El sigue siendo también para la Iglesia peregrina *el precursor, el que precede* (Hb 6,20), y ningún cristiano puede permitirse el lujo de descansar prematuramente: *Temamos, no sea que, estando aún en vigor la promesa de entrar en su descanso (de Dios), alguno de vosotros crea que ha perdido la oportunidad* (Hb 4,1). La carta de Pablo a los Filipenses habla constantemente de este *estar en camino*, ciertamente ahora ya con una mayor *confianza* que en la Antigua Alianza: porque Cristo *ha inaugurado una empresa buena*, y si nosotros permanecemos en su camino, creciendo en *penetración y sensibilidad*, él *la llevará adelante* hasta el día de su venida última y definitiva. *El camino del Señor* prometido en Isaías, el camino que es necesario preparar y que fue anunciado con tanta seriedad como apremio por el Bautista, se ha convertido ahora en el *Camino* que es el Señor mismo, que está siempre dispuesto a llevarnos consigo a través de él.

3.- La presentación del Bautista

La presentación que san Lucas hace de Juan, el Bautista, tiene puntos de convergencia tanto con el estilo de los historiadores de la antigüedad clásica como con las fórmulas de presentación de los profetas del Antiguo Testamento. Con este modo de proceder, san Lucas muestra una doble intención: por una parte, insertar el ministerio de san Juan, el precursor de Jesús, en el marco de la historia universal, de acuerdo a su perspectiva universalista de la salvación; con ello afirma al mismo tiempo que la salvación de Dios es histórica, es decir, se incrusta en la historia de los hombres, más concretamente en la historia del universo conocido, el Imperio romano. Por otra parte, desea dejar claro que la forma de irrumpir Juan en la historia de Israel es semejante a la de los grandes profetas de la antigüedad. (Ver Oseas 1,1).

De los datos históricos que ofrece el evangelista, el referente al año 15 de Tiberio es el que más interesa para la datación del ministerio de san Juan Bautista y la vida de Jesús. El año 15 de Tiberio parece situar el comienzo del ministerio del Bautista entre los años 26-27 d.C.

Un dato interesante del relato de san Lucas, respecto de la presentación que hacen los otros evangelistas, es que da el nombre de Juan, hijo de Zacarías, a quien ya conocíamos por Lc 1,5-25.

De manera que el comienzo es típicamente *lucano*, con las múltiples referencias históricas a Tiberio, Poncio Pilato, Herodes, Felipe, Lisanio, Anás y Caifás. La **salvación** que llega está perfectamente enmarcada en el tiempo. **Dios** va a entrar de nuevo en la **historia**, pero esta vez de modo singular, eminente, definitivo.

3.1- Vino la Palabra de Dios sobre Juan

La **expresión** que Lucas elige para describir la **vocación** de Juan el Bautista es **típica** del Antiguo Testamento. Es clara la referencia a **Elías**, pues a este *vino la palabra del Señor* en múltiples ocasiones (cf. 1Re 17,2; 17,8; 20,28).

Eso sí, **no** está hablando de la **Palabra** (*lógos*) que se encarna en el seno de María, sino de la *palabra* (*rêma*) que es palabra, que es promesa, que es acción salvífica de Dios. Lo vemos, por ejemplo, en las palabras de Simeón: *Ahora, Señor, según tu promesa (rêma) puedes dejar a tu siervo irse en paz* (Lc 2,29). Es la **palabra-promesa** a Abrahán (Gn 15), Samuel (1Sam 15), Natán (2Sam 7), pero también aparece al afirmar que no hay *obra* (*rêma*) demasiado difícil para Dios (Gn 18), o la *acción milagrosa* en Egipto (Ex 9), etc.

La **palabra de Dios vino sobre Juan**. Juan es **intermediario**, es mediación, es **instrumento**, para que Dios pueda prepararse un pueblo bien dispuesto. En Juan está **obrando** el Señor. En él se manifiesta su **designio** salvífico, que pasa en ese momento por **prepararse**.

La **venida de Elías** había de preceder a la venida del Señor, al *día de Yahvé grande y terrible* (Mal 4,5). Juan es escogido por Dios para **preceder** a la manifestación plena de su Hijo, para anunciar, para gritar, para ser **signo**, con sus acciones y despertar del letargo a un Pueblo que no estaba preparado.

Hoy, *nosotros* estamos siendo llamados a dejarnos espabilar, **despertar**, por las palabras del **Precursor**, y a descubrirnos enviados para los demás, con esta misión; pues he aquí que *el Señor vuelve*, que **esperamos** su venida, y que por ello vamos a *actualizar* su primera venida como participación en *su día*, anticipación, *signo* e *instrumento* de la **definitiva**.

3.2- En el desierto:

El Evangelio sitúa el ministerio de Juan en el desierto. Se trata del desierto de Judea, y en un lugar de las proximidades del mar Muerto (¿junto a Qumrán, junto a los asentamientos de las comunidades esenias?). Lo más importante, sin embargo, es la dimensión bíblico-teológica de la mención del desierto. En la Sagrada Escritura el desierto es el lugar asociado de una manera privilegiada con los acontecimientos de la salvación. Tres aspectos o dimensiones pueden destacarse en la experiencia espiritual de Israel en el desierto:

a) El desierto es el lugar de la liberación

Tras la salida de Egipto y después de unas jornadas de camino por el desierto, el pueblo se encuentra ante una situación desesperada: delante de él el mar Rojo, detrás, el ejército egipcio. **No hay medio humano de salvación. Pero Dios actúa de un modo sorprendente, inesperado y grandioso**: hace abrir el mar para que su pueblo pase a pie enjuto, mientras el faraón y los suyos perecen bajo el agua. Después de esta victoria portentosa, el pueblo se adentrará en el desierto como en un lugar seguro, que le servirá de protección contra otros posibles enemigos que quieran estorbarle en su camino hacia la tierra prometida.

b) El desierto es el lugar de la purificación

Una vez que se ha adentrado en el desierto, el pueblo empieza a cansarse de la fatiga que les produce aquel lugar, así como de la falta de alimentos. Sucesivamente se quejarán por la falta de comida: echan de menos las cebollas y

puerros, las ollas de carne y el pan de Egipto, y Dios les dará el maná; se quejan por la falta de carne, y Dios les proporcionará de modo milagroso la carne de unas codornices; protestan por la falta de agua, y Dios les saciará la sed con el agua que mana de la roca golpeada por Moisés (cf. Ex 16-17). Por medio de dones inesperados, Dios va con paciencia purificando el corazón de su pueblo. Cuanto más crece la incredulidad y la infidelidad del pueblo, más sorprendentes son los milagros de Dios.

c) El desierto es el lugar y el tiempo del noviazgo

No conforme con todos los regalos que ha ido haciendo a Israel, Dios va a tener el detalle más precioso que habrá de mostrar hasta qué punto lo ama. Cuando están en medio del desierto, en los alrededores del Sinaí, Dios hace entrega a su pueblo por medio de Moisés de las «Tablas del testimonio», las tablas de la Alianza. Estas tablas no son simplemente un código de leyes morales, culturales y religiosas que han de servir para regular la convivencia de los hijos de Israel. Esas tablas son el testimonio del amor de Dios, del amor de predilección con el que Dios ha desposado a su esposa. Las tablas de la Alianza son el contrato matrimonial que Yahveh, **el Dios perdidamente enamorado, ha firmado con Israel**. Por eso, el contrato se abre con una cláusula de amor por parte de la esposa: *No habrá para ti otros dioses delante de mí* (Ex 20,3), y *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu mente* (Dt 6,5). El pueblo caerá en un pecado terrible de infidelidad y adulterio, volviendo su corazón hacia otros amantes, adorando a los falsos dioses, sobre todo a Baal, en la imagen del becerro de oro. Sin embargo, el amor de Dios no se echará atrás, sino que permanecerá fiel al primer amor. Volverá a renovar su pacto matrimonial entregando unas nuevas tablas por medio de Moisés (Ex 32;34).

Cuando el profeta Oseas quiere hablar de cómo se enamoró Dios de Israel dice con palabras que salen de la boca del mismo Dios: *Yo te conocí en el desierto* (13,5). Y para expresar la forma como Dios recuperará el amor de su esposa, que ha caído en el adulterio, el profeta compone uno de los versos más hermosos de toda la Sagrada Escritura: *Por eso yo voy a seducirla, la llevaré al desierto y la hablaré al corazón* (Os 2,16).

Juan el Bautista ha aparecido en el desierto para recordar toda esa historia de amor. Juan quiere que Israel, que se prepara para la llegada del Mesías esposo, recuerde el amor del principio, el amor con el que Dios lo tomó por esposa, haciéndole objeto de un amor de predilección. Y no es improbable que en lo que Juan supone como signo para Israel esté la razón de su celibato. Juan es célibe no

simplemente como un complemento adecuado a su vida de profeta y asceta. Juan es célibe para recordar a Israel el amor esponsal de Dios: como él se ha consagrado total y radicalmente a Yahveh, así Israel ha de vivir entregado plenamente al amor del Dios que en el desierto manifestó su amor de predilección.

3.3.- Predicando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados

Juan, enviado por Dios a su Pueblo, *recorrió toda la comarca del Jordán, predicando un **bautismo** de conversión para el perdón de los pecados*. Dios quiere preparar a su Pueblo para la **llegada del Mesías**, del Hijo amado, que es **inminente**. El **símbolo** de un hombre en el *desierto*, que *bautiza* en el *Jordán* era sin duda **elocuyente**.

Esta imagen no podía sino evocar la **promesa** de Dios: la tierra prometida. Como cuando Israel entró en la tierra de Canaán, desde el desierto, atravesando el Jordán, así también es *llamado a la conversión*, para poder **acoger al Hijo**, verdadera *Tierra Prometida*.

El **Bautismo** de Juan es un **retorno a Dios**. Juan les llama al otro lado del río para entrar en Judá por el Jordán, con el bautismo, como sucedió al llegar a Canaán. Es acoger una **nueva llamada**, pues Dios está congregando un **Nuevo Pueblo**, el definitivo, el verdadero, aquel cuyo Pastor es el **único Pastor**. Juan se quedará en el Jordán y, como Moisés, no entrará en la Tierra. **Jesús**, en el *Misterio Pascual*, rompe las puertas del abismo y, como **Nuevo Moisés**, sí entrará en la Tierra Celeste, en el *Reino del Padre*.

El **Bautismo de Juan** es también signo de otro **Bautismo**, aquel con el que **Cristo** se ha de bautizar, aquel que sí obtendrá el **perdón de los pecados**. El bautismo de Juan es de **conversión**, de vuelta a Dios, porque Él viene. Nuestro corazón ha de estar alerta, despierto, velando, *es hora de despertaros del sueño, la noche está avanzada, el día se echa encima* (Rm 13). *El que viene bautizará con Espíritu Santo y fuego* (Lc 3).

3.4- Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos

Son palabras de Isaías 40,3: *Una voz grita en el desierto: preparad el **camino del Señor***. Parece que no es que preparemos el camino *al Señor*, porque ya viene, y su venida no depende de nuestra preparación. El *camino del Señor* parece más bien hacer referencia al **estado de nuestro corazón**.

En el Antiguo Testamento son frecuentes los vínculos entre **camino** y **corazón**: *Les daré un **corazón** y un **camino** de modo que me teman perpetuamente, para su bien y el de sus hijos* (Jer 4,18; cf. Job 31,7). Lo vemos constantemente en

los salmos: *Enséñame tu **camino**, Señor, para que siga tu verdad; mantén mi **corazón** entero en el temor de tu nombre* (Sal 86,11; cf. 101,2; 119,32).

Puede recordarnos a la exhortación de **Samuel**: *Si de todo **corazón** os **volvéis** al Señor, quitad los dioses ajenos y **preparad** vuestro **corazón** al Señor, **servidle** sólo a él* (1 Sam 7,3). Sin duda que el **juez, sacerdote y profeta**, que precede a la monarquía en Israel, puede verse **reflejado** en el hombre del *desierto*, hijo de *sacerdote*, confundido con el *Mesías* y calificado de **profeta**. **Samuel** en Juan el **Bautista**: *Nuevo Pueblo, nuevo Rey, nuevo Precursor*.

Juan grita en el desierto: **preparad** el camino del Señor, **allanad** sus senderos; **elévense** los valles, **desciendan** los montes y colinas; que lo torcido se **enderece**, lo escabroso se **iguale**. La Iglesia nos invitará a meditar el anuncio de Juan el próximo domingo, pero hoy ya nos sitúa ante una parte de éste.

María ha cantado en el *Magnificat* que Dios, que *ha mirado la **humillación*** de la **Esclava** del Señor, *hace proezas con su brazo, **dispersa** a los soberbios de **corazón**, **enaltece** a los humildes, **derriba** del trono a los poderosos*, etc. Ciertamente nuestros *caminos* no coinciden con los de Dios (Is 55,8). Es más, dice Ezequiel: *oíd ahora, casa de Israel: ¿No es derecho mi **camino**?, ¿no son vuestros **caminos** torcidos?* (Ez 18). Los *montes* que han de **descender** pueden ser grandísimos ídolos de los que nos sentimos *orgullosos*, y los *valles* a **elevantar debilidades** que procuramos ocultar, pero que quieren *ser sanadas*.

Pero no es nuestro esfuerzo el que permite que **preparemos** adecuadamente la **venida del Señor**, sino su misma **gracia**, como se hace patente en la concepción en María. Porque viene realmente. Es la gracia de su venida la que **nos transforma**. La *eficacia* de su venida es *real*, y de ella brota la **conversión** del corazón. Se nos pide la *humildad* de María, su *atención*, su *disponibilidad*, que nos abramos a la misteriosa **acción del Espíritu** del Resucitado, que ya nos ha alcanzado, pero estamos *llamados a acoger*.

3.5- Y todos verán la salvación de Dios

Juan culmina su anuncio: *Todo hombre **verá** la **salvación** de Dios*. Es el final de la profecía de Isaías, y está profundamente vinculada con los salmos; por ejemplo: *Al que sigue buen **camino** le haré **ver** la **salvación** de Dios* (Sal 50,23). En Lucas no es difícil percatarse de que ya hemos escuchado esto antes: *Mis ojos han **visto** tu **salvación*** (Lc 2,30) cuando **Simeón** ha visto al **Salvador**. Por otra parte, en el canto de Zacarías, **Juan** será llamado *profeta del Altísimo* porque irá **delante del Señor**, preparando el camino, *anunciando a su pueblo la **salvación**, el **perdón** de sus pecados*.

Queda así patente que los **cánticos evangélicos** de los primeros capítulos de Lucas son un modo magnífico de **prepararse para ver la *salvación de Dios***. Ésta, como vemos, se identifica con el *encuentro con **Jesucristo***, nuestro **Salvador**, que supone definitivamente el **perdón** de los pecados y el comienzo de un **camino con **Él**** hacia la participación plena en su *vida*, en su *misión*, en su *intimidad* con el Padre. Sigamos, pues, orando y velando: ***¡Ven, Señor, Jesús!***

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

SAN AGUSTÍN, *Sermón 277,16-17*

Quizá a alguien le parezca que es tan claro el testimonio en favor de la visión de Dios por la carne como el que se refiere al corazón, pues está escrito: *Toda carne verá la salvación de Dios*. El testimonio referido al corazón es clarísimo: *Dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios*. Tenemos también uno referido a la carne: *Toda carne verá la salvación de Dios*. Ante esto, ¿quién dudaría de que aquí **se promete la visión de Dios a la carne**, si no intrigase saber qué es la salvación de Dios? En verdad no nos intriga, puesto que no tenemos la menor duda: **la salvación de Dios es Cristo el Señor**. Así, pues, si a nuestro Señor Jesucristo sólo se le viese en la naturaleza divina, nadie dudaría de que también la carne vería la sustancia de Dios, puesto que toda carne verá la salvación de Dios. Mas nuestro Señor Jesucristo puede ser visto, en cuanto refiere a su divinidad, con los ojos del corazón limpios, perfectos, llenos de Dios; pero fue visto también en su cuerpo, según lo cual está escrito: *Después de esto fue visto en la tierra y convivió con los hombres*.

¿Cómo puedo saber por qué se dijo que toda carne verá la salvación de Dios? Nadie dude de que se dijo porque verá a Cristo. (...) Pero Cristo fue visto también en la carne, y no ciertamente en carne mortal, si es que aún puede hablarse de carne tras convertirse en espiritual, pues incluso él mismo, después de la resurrección, dijo a quienes le estaban viendo y tocando: *Palpad y ved, que un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo*. Se le verá también en esa condición. **No sólo se le vio, se le verá también**. Y quizá entonces se cumplirá de forma más plena lo dicho: ***Toda carne***.

Entonces, en efecto, lo vio la carne, pero no toda carne; mas entonces, en el momento del juicio, cuando venga con sus ángeles a juzgar a vivos y muertos, después que todos los que estén en los sepulcros oigan su voz y salgan fuera, y unos resuciten para la vida y otros para el juicio, verán la misma forma que se dignó tomar por nosotros. La verán no sólo los justos, sino también los malvados, unos desde la derecha, otros desde la izquierda, pues incluso quienes le dieron muerte *verán al que traspasaron...*

El justo Simeón lo vio tanto **con el corazón**, puesto que **lo reconoció** cuando era aún un niño sin habla, como **con los ojos**, puesto que lo cogió en brazos. Viéndole de esta doble manera, es decir, reconociendo en él al Hijo de Dios y abrazando al engendrado por la Virgen, dijo: *Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo*

ir en paz, porque mis ojos han visto tu salvación. Ved lo que dijo. Se hallaba retenido aquí hasta que viera con los ojos a quien veía con la fe. **Tomó en sus brazos un cuerpo pequeñito:** lo que abrazó fue un cuerpo, y viendo un cuerpo, es decir, contemplando al Señor en la carne, dijo: *Mis ojos han visto tu salvación.*

SAN AGUSTÍN, Sermón 288, 2-4

Mc 1,1-8: Juan es la voz, Cristo la Palabra

Antes de Juan Bautista hubo profetas; hubo muchos, grandes y santos, dignos y llenos de Dios, anunciadores del Salvador y testigos de la verdad. Pero de ninguno de ellos pudo decirse lo que se afirmó de Juan: *Entre los nacidos de mujer, no ha habido ninguno mayor que Juan Bautista* (Mt 11,11). ¿Qué significa esa grandeza enviada delante del Grande? Es un testimonio de sublime humildad. Era tan grande que hasta podía pasar por ser Cristo. Juan pudo abusar del error de los hombres y, sin fatiga, convencerles de que él era el Cristo, cosa que ya habían pensadosin que él lo hubiese dicho, quienes lo escuchaban y veían. No tenía necesidad de sembrar el error, le bastaba con confirmarlo. Pero él, amigo humilde del esposo, lleno de celo por él, sin usurpar adúlteramente la condición de esposo, da testimonio a favor del amigo y confía la esposa al auténtico esposo. Para ser amado en él, aborreció el ser amado en lugar de él. (...) Con razón se dijo de él que era más que un profeta. (...) Juan vio a Cristo cuando ya predicaba. ¿Dónde? A la orilla del Jordán. Allí, en efecto, comenzó el magisterio de Cristo; allí se recomendó ya el futuro bautismo cristiano, puesto que se recibía otro previo que le preparaba el camino. Decía: *Preparad el camino al Señor, enderezad sus senderos* (Mt 3,3). El Señor quiso ser bautizado por su siervo para mostrar lo que reciben quienes son bautizados por el Señor.

Comenzó, pues, por allí donde justamente le había precedido el profeta: *Dominará de mar a mar y desde el río hasta los confines del orbe de la tierra* (Sal 71,8). Junto al río mismo desde donde Cristo comenzó a dominar le vio Juan, lo reconoció y dio testimonio de él. Se humilló ante el Grande, para ser exaltado, en su humildad, por el Grande. También se declaró amigo del esposo. Pero, ¿qué clase de amigo? ¿Quizá igual a él? En ningún modo; muy por debajo de él. ¿Cuánto? *No soy digno, dice, de desatar la correa de su sandalia* (Mc 1,7). Este profeta, mejor, éste que es más que profeta, mereció ser anunciado por otro profeta. De él dijo Isaías en el texto que se nos ha leído: *Voz que clama en el desierto: «Preparad el camino al Señor y enderezad sus senderos. Todo valle será rellenado, y todo monte y colina allanados, lo torcido se tornará recto y lo áspero se hará camino llano, y toda carne verá la salvación de Dios».* –Grita– ¿Qué he de

gritar? Toda carne es heno y todo su resplandor, como la flor del heno: el heno se seca y su flor cae, pero la palabra del Señor permanece para siempre (Is 40,3-8).

Preste atención vuestra caridad. Habiendo preguntado a Juan quien era él, si el Cristo o Elías o algún otro profeta, respondió: *Yo no soy el Cristo, ni Elías, ni un profeta.* Y ellos: *Entonces, ¿quién eres? Yo soy la voz que clama en el desierto.* Dijo que él era la voz. Observa que Juan es la voz. ¿Qué es Cristo sino la Palabra? Primero se envía la voz para que luego se pueda entender la palabra. ¿Qué Palabra? Escucha lo que te muestra con claridad: *En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio junto a Dios. Todo fue hecho por ella y sin ella nada se hizo (In 1,20.21,1.2.3.).* Si todo, también Juan. ¿Por qué nos extrañamos de que la Palabra haya creado su voz? Mira junto al río una y otra cosa: la voz y la Palabra. Juan es la voz, Cristo la Palabra.

Busquemos cuál es la diferencia entre la voz y la Palabra. Busquemos con atención. No es cosa sin importancia y requiere concentración. El Señor nos concederá que ni yo me fatigue al exponérselo, ni vosotros al oírlo. He aquí dos cosas ordinarias: la voz y la palabra, ¿Qué es la voz? ¿Qué es la palabra? ¿Qué son una y otra cosa? Escuchad algo que tenéis que experimentar en vosotros mismos, siendo vosotros mismos quienes hagáis las preguntas y deis las respuestas. Una palabra no recibe ese nombre si no significa algo. En cuanto a la voz, en cambio, aunque sea solamente un sonido o un ruido sin sentido, como el de quien da gritos sin decir nada, puede hablarse, sí, de voz, pero no de palabra. Supongamos que uno deja caer un gemido: es una voz; o un lamento: es también una voz. Se trata de cierto sonido informe que lleva o produce en los sonidos un cierto ruido, sin ningún significado. La palabra, en cambio, si no significa algo, si no aporta una cosa al oído y otra a la mente, no recibe tal nombre.

Como venía diciendo, si gritas, estamos ante una voz; si dices «hombre» ya estamos ante una palabra, igual que si dices «bestia», «Dios», «mundo», o cualquier otra cosa. He mencionado voces que tienen un significado, no sonidos vacíos que suenan sin decir nada. Así, pues, si habéis percibido ya la distinción entre la voz y la palabra, escuchad algo que os causará admiración en estos dos, en Juan y en Cristo. La Palabra tiene un gran valor, aun si no la acompaña la voz; la voz sin palabra es algo vacío. Digamos el porqué y expliquemos lo dicho, si nos es posible. Supón que quieres decir algo; eso mismo que quieres decir, ya lo has concebido en tu corazón: lo retiene la memoria, lo dispone la voluntad y vive en la mente. Y eso mismo que quieres decir no pertenece a ninguna lengua concreta. Eso que quieres decir y ha sido concebido ya en tu corazón no es propio de ninguna

lengua: ni de la griega, ni de la latina, ni de la púnica, o de la hebrea, o de la de cualquier otro pueblo. Es solamente algo concebido en el corazón y dispuesto a salir de él. Como dije, es un algo: una frase, una idea concebida en el corazón y dispuesta a salir de él para manifestarse a quien escuche. De esta manera, en cuanto que es conocida por aquel que la lleva en su corazón, es una palabra, conocida ya para quien ha de decirla, pero aún no por quien ha de oírla. Así, pues, la palabra ya formada, ya íntegra, permanece en el corazón, busca salir de allí para ser pronunciada a quien escuche. Quien ha concebido ya la palabra que pretende decir y que ya conoce en su corazón, mira a quien va a comunicarla (...) ¿Encuentra que es un griego? Busca una voz griega, con la que pueda llegar al griego. ¿Un latino? Busca una latina para llegar al latino. ¿Un púnico? Busca una voz púnica con que llegar al púnico. Deja de lado la diversidad de los oyentes: aquella palabra concebida en el corazón no es ni latina, ni griega, ni púnica, ni de cualquier otra lengua. Para manifestarse busca la voz adecuada al oyente. (...)

Si con la ayuda de vuestra atención y oraciones lograrse decir lo que pretendo, pienso que se llenaría de gozo quien lograra comprenderlo. Quien no sea capaz de entenderlo, sea compasivo con el hombre que intenta hacérselo entender y suplique la misericordia de Dios. En efecto, hasta lo que estoy diciendo procede de él. Allí en mi corazón, fuente de mis palabras, está presente lo que voy a decir, pero requiere el servicio de la voz para llegar con fatiga a vuestras mentes. ¿Qué decir, pues, hermanos? ¿Qué puedo decir? Ciertamente ya lo habéis captado, ya habéis comprendido que la palabra estaba en mi corazón antes de aplicarla a la voz por la que llegaría a vuestros oídos. Pienso que todos los hombres lo comprenden, porque lo que me acontece a mí acontece a todo el que habla. He aquí que ya sé lo que quiero decir, lo tengo en mi corazón; pero busco la ayuda de la voz. Antes de que suene la voz en mi boca, está retenida la palabra en mi corazón. Así, pues, la palabra precede a mi voz y la palabra está en mí antes que la voz; en cambio, para que tú puedas comprender, llega antes la voz a tu oído, a fin de que la palabra se insinúe a tu mente. No hubieras podido conocer lo que había en mí antes de la voz, de no haber estado en ti después de emitida ella. Si Juan es la voz, Cristo la Palabra. Cristo existió antes que Juan, pero junto a Dios, y después de él, pero entre nosotros.

¡Gran misterio, hermanos! Estad atentos, percibid la grandeza del asunto una y otra vez. Me agrada el que entendáis y me hace más audaz ante vosotros, con la ayuda de Aquel a quien anuncio; yo tan pequeño a él tan grande; yo, un hombre cualquiera, a la Palabra-Dios. Con su ayuda, pues, me hago más audaz frente a vosotros y después de haber explicado la distinción entre la voz y la

palabra, insinuaré lo que de ahí se sigue. Juan representa el papel de la voz en este misterio; pero no sólo él era voz. Todo hombre que anuncia la Palabra es voz de la Palabra. Lo que es el sonido de nuestra boca respecto a la Palabra que llevamos en nuestro interior, eso mismo es toda alma piadosa que la anuncia respecto de la Palabra de la que se ha dicho: *En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba en Dios, y la Palabra era Dios; ella estaba en el principio junto a Dios* (Jn 1,1-2). ¡Cuántas palabras, mejor, cuántas voces no origina la palabra concebida en el corazón! ¡Cuántos predicadores no ha hecho la Palabra que permanece en el Padre! Envió a los patriarcas, a los profetas; envió a tan numerosos y grandes pregoneros suyos. La Palabra que permanece envió las voces y, después de haber enviado delante muchas voces, vino la misma Palabra en su voz, en su carne, cual en su propio vehículo. Recoge, pues, como en una unidad, todas las voces que antecedieron a la Palabra y resúmelas en la persona de Juan. Él personificaba el misterio de todas ellas; él, sólo él, era la personificación sagrada y mística de todas ellas. Con razón, por tanto, se le llama voz, cual sello y misterio de todas las voces.

SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sermón 1 en el Adviento del Señor* (9-10: Opera omnia, edit. Cist. 4, 1966, 167-169)

Todos verán la salvación de Dios

Hora es ya de que consideremos el tiempo mismo en que vino el Salvador. Vino, en efecto –como sin duda bien sabéis– no al comienzo, no a la mitad, sino al final de los tiempos. Y esto no se hizo porque sí, sino que, conociendo la Sabiduría la propensión de los hijos de Adán a la ingratitud, dispuso muy sabiamente prestar su auxilio cuando éste era más necesario. Realmente atardecía y el día iba ya de caída; el Sol de justicia se había prácticamente puesto por completo, de suerte que su resplandor y su calor eran seriamente escasos sobre la tierra. La luz del conocimiento de Dios era francamente insignificante y, al crecer la maldad, se había enfriado el fervor de la caridad.

Ya no se aparecían ángeles ni se oía la voz de los profetas; habían cesado como vencidos por la desesperanza, debido precisamente a la increíble dureza y obstinación de los hombres. *Entonces yo digo* –son palabras del hijo–: «*Aquí estoy*». Oportunamente, pues, llegó la eternidad, cuando más prevalecía la temporalidad. Porque –para no citar más que un ejemplo– era tan grande en aquel tiempo la misma paz temporal, que al edicto de un solo hombre se llevó a cabo el censo del mundo entero.

Conocéis ya la persona del que viene y la ubicación de ambos: de aquel de quien procede y de aquel a quien viene; no ignoráis tampoco el motivo y el tiempo

de su venida. Una sola cosa resta por saber: es decir, el camino por el que viene, camino que hemos también de indagar diligentemente, para que, como es justo, podamos salirle al encuentro. Sin embargo, así como para operar la salvación en medio de la tierra, vino una sola vez en carne visible, así también, para salvar las almas individuales, viene cada día en espíritu e invisible, como está escrito: *Nuestro aliento vital es el Ungido del Señor*. Y para que comprendas que esta venida es oculta y espiritual, dice: *A su sombra viviremos entre las naciones*. En consecuencia, es justo que, si el enfermo no puede ir muy lejos al encuentro de médico tan excelente, haga al menos un esfuerzo por alzar la cabeza e incorporarse un tanto en atención al que se acerca.

No tienes necesidad, oh hombre, de atravesar los mares ni de elevarte sobre las nubes y traspasar los Alpes; no, no es tan largo el camino que se te señala: sal al encuentro de tu Dios dentro de ti mismo. Pues *la palabra está cerca de ti: la tienes en los labios y en el corazón*. Sal a su encuentro con la compunción del corazón y la confesión sobre los labios, para que al menos salgas del estercolero de tu conciencia miserable, pues sería indigno que entrara allí el Autor de la pureza.

Lo dicho hasta aquí se refiere a aquella venida, con la que se digna iluminar poderosamente las almas de todos y cada uno de los hombres.

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Que el Señor que ha inaugurado entre nosotros esta buena obra, la lleve a término!

De nuevo te escribo, cuando estamos metidos de lleno y casi sin darnos cuenta, en la segunda semana de Adviento. Por aquí, se nota que estamos en tiempos ya casi invernales: lluvia –nieve en tu tierra– y frío también.

La Iglesia, en este tiempo de Adviento, nos anima a ponernos en marcha hacia el encuentro del Señor que viene. He tenido la ocasión de acercarme a las lecturas de este domingo, y una de las cosas que más me ha llamado la atención es la insistencia que san Lucas pone en los datos históricos relacionados con la aparición de Juan, el Bautista, en el desierto de Judea para preparar el camino de Jesús. Me impresiona por dos cosas: en primer lugar, porque después de hacer una introducción solemne del ministerio de Juan Bautista situándolo en el tiempo de gobernadores y Reyes dice que *la palabra de Dios vino sobre un hombre llamado Juan, hijo de Zacarías*. De manera que Dios no habló a los reyes y gobernadores sino a un hombre sin título, ni apoyo y que vivía en la aridez del desierto, **dando a entender que Dios habla de forma inesperada y se encuentra en lugares inesperados**.

Y en segundo lugar, la insistencia de san Lucas en lo histórico no es de extrañar. Los exegetas señalan que este evangelista tiene especial interés en subrayar la importancia del tiempo, al que le concede un significado salvífico. Por ejemplo, el significado del adverbio «hoy». Es como si en este Evangelio apareciera una «teología del hoy», en la que se juega la felicidad del hombre. El evangelista usa con frecuencia el adverbio «hoy» en relación con acontecimientos de la vida de Jesús. Hay que notar el significado salvífico que tiene el adverbio «hoy». Este adverbio supone la condensación de la vida de toda persona. Toda persona es esencialmente «hoy», es decir, «tiempo», pasado, presente y futuro. El pasado, el «ayer», está formado por muchísimos «hoy», que ya no poseemos. El futuro, «mañana», está constituido por muchísimos «hoy», aún no conocidos ni vividos por nosotros. El presente es el hoy que se tiene a disposición para alcanzar la felicidad. Y en el presente, ahora, hoy, es cuando Jesús llama al encuentro con Él.

Cuando los israelitas estaban en la tierra de Moab a punto de pasar a la tierra prometida, Moisés concluyó una alianza entre Yahveh y el pueblo, para ratificar la alianza sellada sobre el monte Horeb. Es este uno de los sucesos más importantes que tuvieron lugar en el camino del desierto. El texto donde se recuerdan las

palabras de Moisés, tomado de Dt 29,9-14 dice: «Aquí estáis *hoy* todos vosotros en presencia de Yahveh vuestro Dios (...) a punto de entrar en la alianza de Yahveh tu Dios, jurada con imprecación, para hacer *hoy* de ti su pueblo y ser él tu Dios». Y más adelante continúa hablando Moisés: «Mira, yo pongo *hoy* ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia. Si escuchas los mandamientos de Yahveh tu Dios, sigues sus caminos y guardas sus mandamientos, vivirás...».

San Lucas es el evangelista que usa con más frecuencia esta palabra en relación con acontecimientos de la vida de Jesús: el nacimiento: «*Hoy* en la ciudad de David os ha nacido el Salvador, el Mesías, el Señor» (Lc 2,11); en la sinagoga de Nazaret, Jesús proclama, aplicándose la profecía de Is 61,1-2: «*Hoy* se ha cumplido esta Escritura entre vosotros» (Lc 4,21); con Zaqueo: «hoy ha llegado la salvación a esta casa»; ante la curación del paralítico, la muchedumbre exclama: «*Hoy* hemos visto cosas admirables» (Lc 5,26); Jesús anuncia a Pedro su traición: «No cantará *hoy* el gallo antes de que hayas negado tres veces que me conoces» (Lc 22,34); Jesús promete al malhechor crucificado: «*Hoy* estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43).

Querido amigo, no esperemos más. Hoy, ¡hoy! quiere venir a nuestra vida. Me despido ya, acuérdate de los enfermos y de todos aquellos que no han descubierto el amor de Dios y recibe un cariñoso un abrazo de,

Doroteo